

- Eje temático sugerido: Política
- Título del trabajo: El peronismo y la forja del anticomunismo obrero
- Nombre y pertenencia institucional: Omar Acha (UBA/CONICET/CIF)
- Dirección electrónica: omaracha@gmail.com

El peronismo y la forja del anticomunismo obrero

Introducción

El anticomunismo tiene una historia previa al surgimiento del peronismo. A pesar de que se han dado importantes pasos en su investigación, sus peculiaridades y alcances es objeto de controversia.¹ El primer anticomunismo argentino fue desarrollado desde los sectores católicos y de derecha, generalmente promovidos desde la clase propietaria y el Estado en la postguerra, bajo la luz de la Revolución Rusa. Tal anticomunismo se expandió entre los sectores medios y prosperó en un encuentro ideológico con el nacionalismo durante las décadas de 1920 y 1930.² Para el periodo correspondiente al primer peronismo y las décadas siguientes se conocen sobre todo las actitudes de las “derechas”.³ Respecto del anticomunismo popular u obrero, en cambio, las investigaciones están en sus comienzos.

El peronismo transformó la naturaleza del anticomunismo. La hipótesis de este trabajo sostiene que si hasta entonces el anticomunismo fue un componente de las políticas de la clase dominante por presentar la sociedad existente, un aspecto de la acción del Estado, o un rasgo del discurso nacionalista y católico, con el peronismo devino, modificado, en un aspecto de la refundación ideológica de la clase obrera. Es decir, fue una dimensión del advenimiento del peronismo como identidad mayoritaria de clase.

¹ Ver una discusión en Mercedes López Cantera, “El anticomunismo en la Historia argentina de los años ’30”, en *Ariadna Tucma*, n° 8, 2013-2014.

² Federico Finchelstein, *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010; Laura Kalmanowiecki, *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*, tesis doctoral, New School for Social Research, 1995; Daniel Lvovich, *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Vergara, 2003; Sandra McGee Deutsch, *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile 1890-1939*, UNQui Editorial, Buenos Aires, 2005; María Ester Rapalo, *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2012; José Luis Ubertalli, *El enemigo rojo. La represión al Comunismo en la Argentina*, Buenos Aires, Acercándonos, 2010.

³ Ernesto Bohoslavsky, “Entre el antipopulismo y el anticomunismo. Las derechas en Argentina, Brasil y Chile (1945-1959)”, en F. Mallimaci y H. Cuchetti, eds., *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Gorla, 2011.

La presencia de un poder autodenominado “comunista” en la Unión Soviética condicionó el alcance de ese anticomunismo por el momento restringido a clases diferentes al proletariado. Esto no significa el anticomunismo entre la clase obrera fuera inexistente. Los hubo especialmente entre las filas de las distintas vertientes ideológicas en el movimiento obrero y en la izquierda. Desde el anarquismo, el sindicalismo y el socialismo, además de presencias menores de radicales y católicos, posturas anticomunistas pueden ser detectadas en el seno mismo del movimiento obrero.

No obstante, fue con la construcción de la identidad peronista entre la clase trabajadora, iniciada en el primer decenio de su poder, que emergió y se consolidó un *anticomunismo obrero*. En general los estudios que han analizado el anticomunismo lo representaron como una reacción represiva impulsada por el Estado capitalista, la clase dominante, la derecha y el catolicismo. Esta ponencia se interesa por un anticomunismo entre la propia clase trabajadora, y no solo como una intervención *externa*.

Como proyecto nacionalista y anticomunista, el peronismo involucró una mutación ideológica que, tanto en el plano genérico de las identidades sociales, políticas y culturales, como en las filias y fobias de la dirigencia sindical, entrañó la génesis del anticomunismo entre la clase obrera. Estas afirmaciones seguramente hallarán un amplio asentimiento en los estudios sobre las creencias vigentes durante el primer peronismo. Pero sabemos poco respecto de cuáles fueron sus alcances y matices, y sobre todo cómo estuvo distribuido en el heterogéneo mundo obrero en el que el peronismo halló sus apoyos más sólidos.

La idea de un *anticomunismo obrero* pretende dialogar con las visiones *verticales* de la génesis de la identidad peronista, pues se mostrará que las ideas de Perón no se diseminaron unívocamente en la clase trabajadora. También discuten un supuesto del pensamiento de la izquierda peronista posterior a 1955, opción política que sobredimensionó la contingencia ideológica en la clase obrera peronista. De acuerdo a la izquierda peronista (y a su relativamente cercana Izquierda Nacional), la identificación con Perón era un momento de la conciencia obrera que podía ser incorporada a su auto-transformación en dirección a una meta socialista futura.

El anticomunismo obrero configuró un severo límite a todo proyecto de desenvolver desde el interior del peronismo una estrategia anticapitalista-revolucionaria. Mi tesis sostiene que el peronismo no fue una estación ideológica superficial en una historia más extensa de la clase obrera. El peronismo –aunque no fue un demiurgo todopoderoso– reconstituyó a la clase obrera como tal, reconstitución en la que dicha clase no fue un testigo pasivo sino un agente sustantivo. A la vez, la emergencia del peronismo en la clase obrera fue un proceso simbólico irreductible al paradigma de la conciencia. Como toda identidad creó sus fronteras, y una de ellas la distinguió de la izquierda anticapitalista, cuyo nombre más extranjerizante era el “comunismo”. El anticomunismo obrero,

con diferencias que serán estudiadas aquí, se sedimentó como una faz intrínseca de la identidad peronista en la clase trabajadora.

Esta ponencia propone mostrar las vías y matices de dicha mutación político-ideológica, pues no se trató de una construcción ideológica uniforme ni estuvo condicionada por un solo aspecto del quehacer social de la década peronista.

Respecto de las élites peronistas, el peculiar modo de situar la “tercera posición” en la naciente Guerra Fría y el modelo sindical peronista jugaron roles decisivos en el anticomunismo, pero esos roles estuvieron supeditados al marco mayor del integracionismo capitalista promovido por la “justicia social”. En cambio, en el mundo obrero articulado en la sociedad política peronista el anticomunismo fue una convicción sistémicamente institucionalizada en las dirigencias sindicales; no así entre las bases trabajadoras, las que tuvieron una actitud más contingente contingente, donde la identidad peronista se podía conjugar en el contexto de conflictos socioeconómicos específicos con activismos de izquierda (“comunistas”). Por otra parte, la actitud hacia la izquierda y el comunismo no puede comprenderse sin considerar las posiciones del activismo obrero no peronista, pues salvo excepciones este adoptó como suyas las demandas sociales peronistas, es decir, no desarrolló un discurso abiertamente antiperonista. Por ende, la dicotomía peronismo/antiperonismo no fue tan nítida como en otros ámbitos del mundo obrero.

El anticomunismo de Juan D. Perón y las élites peronistas

Las relaciones entre peronismo y comunismo fueron opacas. Sin embargo, ninguna explicación al respecto puede partir de un punto diferente al de la oposición entre ambas ideologías. Esa incompatibilidad estaba ya implícita en la política hacia el comunismo del gobierno *de facto* de junio de 1943, dictadura militar que reprimió con especial encono al activismo sindical ligado al Partido Comunista.

En los inicios de la carrera política de Perón el temor al comunismo jugó papel destacado en la legitimación de su proyección en el Departamento de Trabajo y Previsión. Tuvo por ejemplo un rol destacado en la convocatoria que el entonces coronel hizo en el célebre discurso en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, en agosto de 1944, alocución en la que desmintió que su plan consistía en afectar los intereses empresariales.⁴ Los empleadores que rechazasen la urgencia de una distribución parcial pero más generosa de los beneficios entre la clase trabajadora no lograba

⁴ Robert Page, *Perón. La biografía*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999.

percibir adecuadamente los peligros por venir.⁵ Perón presentó entonces los oscuros nubarrones que veía acercarse con el fin de la guerra, y entre ellos al comunismo:

“La posguerra traerá, indefectiblemente, una agitación de las masas, por causas naturales; una lógica paralización, desocupación, etcétera, que combinadas producen empobrecimiento paulatino. Ésas serán las causas naturales de una agitación de las masas, pero aparte de estas causas naturales, existirán también numerosas causas artificiales, como ser: la penetración ideológica, que nosotros hemos tratado en gran parte de atenuar; dinero abundante para agitar, que sabemos circula ya desde hace tiempo en el país, y sobre cuyas pistas estamos perfectamente bien orientados; un resurgimiento del comunismo adormecido, que pulula como todas las enfermedades endémicas dentro de las masas; y que volverá, indudablemente, a resurgir con la posguerra, cuando los factores naturales se hagan presentes”.⁶

A diferencia de posteriores discursos peronistas, el Perón de 1944 no representaba al comunismo como un peligro meramente exterior, aunque su formación nacionalista no olvidara el argumento del “oro de Moscú”. En su desconfianza raigal a la clase obrera no organizada, una masa natural voluble y seducible, Perón hallaba que el comunismo era más que una flor exótica destinada a sucumbir por su falta de arraigo. Constituía una veta real en esa clase y pugnaba por prosperar:

“Es indudable que en el campo de las ideologías extremas, existe un plan que está dentro de las mismas masas trabajadoras; que así como nosotros luchamos por proscribir de ellas ideologías extremas, ellas luchan por mantenerse dentro del organismo de trabajo argentino. Hay algunos sindicatos indecisos, que esperan para acometer su acción al medio, que llegue a formarse; hay también células adormecidas dentro del organismo que se mantienen para resurgir en el momento en que sea necesario producir la agitación de las masas”.⁷

Durante algunas décadas se interpretaron estas palabras de Perón como representaciones alarmistas tendientes a preocupar al empresariado para alinearlos en su proyecto político. Ciertamente ese era uno de sus objetivos; pero como lo prueba una bibliografía cada vez más nutrida, la presencia de la izquierda anticapitalista en el movimiento obrero era real y efectiva, pues lo había sido en los lustros previos.⁸

No obstante, ya entonces el coronel Perón mostraba la ductilidad política que caracterizaría su trayectoria, y el comunismo argentino no fue ajeno al llamado de Perón. Cuando arreció la hostilidad del asociacionismo empresario, de parte de la prensa hegemónica y de la oposición política al gobierno, especialmente contra su figura, Perón ofreció a la dirigencia comunista un *modus vivendi* si se abstenía de combatirlo. La propuesta consistió en liberar a los activistas

⁵ Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial 1927-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

⁶ J. D. Perón, *Obras completas*, Buenos Aires, Fundación Pro Universidad de la Producción y el Trabajo-Fundación Universidad a distancia “Hernandarias”, vol. 6, p. 157.

⁷ J. D. Perón, ob. cit., p. 159.

⁸ Gabriela B. Aguila, “Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario, 1943-1946”, *Anuario Escuela de Historia*, segunda época, n° 14, 1991-1992; Elisa Pastoriza, “Ciudad y memoria social: los que construyeron Mar del Plata: militancia obrera y proyectos gremiales comunistas en vísperas del peronismo”, en N. Álvarez, C. Rustoyburu y G. Zuppa, comps., *Pasado y presente de la Mar del Plata social*, Mar del Plata, FUEM, 2005; Mariana Mastrángelo, *Cultura y política en la Argentina: los comunistas en la huelga de 1929 en San Francisco*, Buenos Aires, Imago Mundi/FFyL-UBA, 2006; Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo, 1925-1935*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007; Diego Ceruso, *Comisiones internas de fábrica*, Buenos Aires, dialektik, 2011.

sindicales y políticos de esa orientación a cambio de un cese de las críticas abiertas a su gestión. El secretario de Trabajo y Previsión pretendía así escindir el frente opositor hacia su figura. Sin embargo el Partido Comunista rechazó la oferta de Perón entendiendo que era un “nazi-fascista” y responsable por haber poblado las cárceles de militantes comunistas. Por otra parte veía a su figura como una estrella declinante.⁹

El PC continuó en su camino opositor a Perón y fue uno de los más entusiastas impulsores de la Unión Democrática. Luego de la derrota de la fórmula Tamborini-Mosca en las elecciones de febrero de 1946 el PC matizó su postura y siguió un sinuoso, e incluso contradictorio, recorrido hasta 1955.¹⁰

Cuando avanzó el gobierno peronista desde 1946, el propio Perón impulsó una “doctrina” peronista que afirmaba diferenciarse tanto del capitalismo como del comunismo. El líder del peronismo no era demasiado detallado respecto de lo que comprendía por “capitalismo”, pero podemos sintetizar ese vocablo alrededor de un rechazo genérico por el liberalismo, la explotación sin límites de la clase trabajadora, Estados Unidos, el imperialismo y en general el individualismo egoísta. Esa definición fue variando en sus matices, y la misma actitud de Perón hacia los Estados Unidos reveló cambiantes características en el marco de la Guerra Fría y las necesidades argentinas de inversiones extranjeras.

Pragmático ante el comunismo internacional mientras este no intentara incidir en el escenario local, Perón no vaciló en reconocer y comerciar con la Unión Soviética, medida que entusiasmó a los comunistas locales, casi tanto como lo hizo la adopción del lema de los “planes quinquenales” para imaginar la planificación peronista.¹¹

El anticomunismo fue un rasgo permanente en la palabra de Juan D. Perón, pero ese rasgo no fue uniforme a lo largo del tiempo. Sus antecedentes militares, nacionalistas y religiosos lo condujeron a situarse sin mayores interrogaciones en el anticomunismo. Para Perón el comunismo era una ideología extranjera e incompatible con la nacionalidad cristiana.¹² Con la consolidación del gobierno y el desarrollo de una proyección doctrinaria, el Justicialismo sería la fórmula cultural de una “Nueva Argentina” incomunicable con cualquier poder extranjero. Por el contrario, la Argentina justicialista era una tercera opción ante la lucha de los “imperialismos”. Es interesante

⁹ O. Acha, *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

¹⁰ Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez, “La compleja relación entre el Partido Comunista Argentino y el peronismo (1943-1955)”, en *Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo*, 2008; Samuel Amaral, “La renuencia de las masas: el partido comunista ante el peronismo 1945-1955”, en *Cuadernos de Trabajo*, CEMA, 2008; Aníbal Jáuregui, “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”, en *Acontracorriente*, vol. 9, n° 3, 2012.

¹¹ Un tema marginal en esta discusión es el reproche de “comunismo”, o alternativamente de favorecer o abrir las puertas al comunismo, que para algunos sectores católicos o ultranacionalistas entrañaba la política social obrerista de Perón. El sacerdote Julio Meinvielle defendía esa convicción.

¹² Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica*, Sudamericana, 1999.

notar que la noción de “totalitarismo” era aplicada por Perón a la URSS, una definición que denotaba una diferencia con el imperialismo capitalista:

“No deja de ser significativo que los grupos oligárquicos disfrazados de demócratas unan sus alaridos y sus conductas a esos mismos comunistas que antes fueron (por el terror que les inspiraban) la causa de sus fervores totalitarios. Como es igualmente curioso observar el afán con que esos dirigentes comunistas proclaman su fe democrática, olvidando que la dictadura del proletariado y la práctica de la U.R.S.S. (orgullosamente exaltada por Molotov en discursos de hace pocos meses) son eminentemente totalitarias”.¹³

Sin resignar jamás su distancia retórica con Estados Unidos, varias decisiones efectivas del gobierno peronista reorganizaron a la Argentina justicialista en la bipolaridad entre capitalismo y comunismo. Eso ocurrió cuando los enfrentamientos de la guerra de Corea –desde junio de 1950– hicieron presagiar una nueva conflagración mundial, conflicto en el que Perón anticipó el alineamiento argentino en el lado occidental, siguiendo las estipulaciones del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Las tensiones que esa postura ocasionó en el interior del peronismo inhibió el envío de un contingente argentino a la guerra. Pero como lo revelan los artículos de 1951-1952 luego recopilados en el libro de “Descartes”, *Política y estrategia*, Perón nunca cedió en su aspiración a sostener la “Tercera Posición”.¹⁴ Así ocurrió que la postura oficial argentina ante una resolución anticomunista impulsada por Estados Unidos en una cumbre realizada en Caracas (marzo de 1954) fue de abstención.¹⁵ La actitud no obedeció a un desacuerdo con el anticomunismo norteamericano sino a una reticencia respecto al avance norteamericano sobre los asuntos latinoamericanos que la resolución involucraba.

Las palabras de Eva Perón –o las que escribieron para ella– tenían una flexibilidad pragmática menos evidente que el discurso del propio Perón. El comunismo, como el marxismo, era una doctrina desencaminada porque conducía al enfrentamiento desesperado y a la destrucción; en cambio, el peronismo hallaba la fórmula virtuosa del trabajo y la cooperación entre las clases sociales, virtud que incluso podía alcanzar a las oligarquías:

“Para que no haya luchas de clases, yo no creo, como los comunistas, que sea necesario matar a todos los oligarcas del mundo. No, porque sería cosa de no acabar jamás, ya que una vez desaparecidos los de ahora tendríamos que empezar con nuestros hombres convertidos en oligarcas, en virtud de la ambición, de los honores, del dinero o del poder. El camino es convertir a todos los oligarcas del mundo: hacerlos pueblo, de nuestra clase y de nuestra raza. ¿Cómo? Haciéndolos trabajar para que integren la única clase que reconoce Perón: la de los hombres que trabajan. El trabajo es la gran tarea de los hombres, pero es la gran virtud”.¹⁶

¹³ J. D. Perón, *Obras completas*, ob. cit., vol. 8, pp. 31-32.

¹⁴ Descartes, *Política y estrategia (no ataco, critico)*, Buenos Aires, s. e., 1952.

¹⁵ “Argentina, México y Bolivia abstuvieron de votar en Caracas”, en *El Laborista*, 14-3-54.

¹⁶ E. Perón, *Mi mensaje*, Buenos Aires, s. e., 1973, p. 15.

No es necesario continuar citando pasajes de las diversas “líneas” de la política peronista, de dirigentes como Carlos Aloé a intelectuales como Oscar Ivanissevich y Virgilio Filippo. En innumerables discursos accesibles en la prensa de la época sobre las advertencias en torno a la necesidad de neutralizar la amenaza comunista. Solo citaré además, pues volveremos a verlo, el libro del sacerdote español Pedro Badanelli, *Comunismo o justicialismo*, publicado en 1951.¹⁷ Es claro en las actitudes predominantes de las élites peronistas el sobredimensionamiento del peligro revolucionario del comunismo y su apelación a una batería recursos adversativos ya presentes en las dirigencias de la clase dominante en la entreguerras.¹⁸ Solo cabe señalar que debe recordarse el contexto de la Guerra Fría en la que una victoria mundial del comunismo ruso era uno de los resultados imaginados como posible. Tal incertidumbre llevaba a mirar con otros ojos los peligros de un comunismo vernáculo, pues el comunismo era internacional.

Un aporte más instructivo para nuestro tema consistiría en reconstruir otras prevenciones anticomunistas en los medios de prensa no ligados al sindicalismo, pues proporcionan actitudes que podemos suponer alcanzaron cotidianamente a la población común. No es difícil hallar impugnaciones al comunismo, por ejemplo, en el diario *La Época* editado por el radical-peronista Eduardo Colom. Con pertinacia, durante la década peronista *La Época* insistió sobre el doblez del discurso comunista. Una nota destacó la insinceridad de Victorio Codovilla quien tras sancionar el viraje de la táctica del PC después de la victoria electoral de la fórmula presidencia encabezada por Perón, lo hacía para que lograra infiltrarse entre la clase trabajadora “peronista”. Lo interesante es que el diario concluía su argumentación desenmascaradora invocando a los obreros a no dejarse engañar por el comunismo.¹⁹ Para los anticomunistas de las élites peronistas el comunismo era un peligro virtual que podía devenir *real* –veremos en la próxima sección que había razones para concebir ese pasaje– y amenazar el orden establecido. Los intelectuales de izquierda simpatizantes del peronismo hicieron su contribución a la retórica de la traición que –con el aparentemente irrefutable ejemplo de la participación en la Unión Democrática– el comunismo perpetraría contra la clase trabajadora y la nación.²⁰

El anticomunismo encontró un abrigado hogar entre las elites peronistas y en su sistema de difusión. Sin embargo, es imposible deducir de ello las creencias sobre el comunismo entre la clase obrera. Esa es justamente la pregunta que me interesa responder: ¿cuál fue el lugar del anticomunismo en la

¹⁷ P. Badanelli, *Justicialismo o comunismo*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1951.

¹⁸ Por ejemplo: César Teach, “Córdoba: izquierda obrera y conflicto social durante el gobierno de Amadeo Sabattini”, en *Sociohistórica / Cuadernos del CISH*, nº 30, 2012.

¹⁹ “La demagogia comunista al descubierto”, en *La Época*, 16-6-47.

²⁰ José Gabriel, “Revelaciones que no son más que una verdad ya expuesta”, en *Crítica*, 12-1-51; Víctor Almagro (J. A. Ramos), “Víctimas y victimarios comunistas cortados con la misma tijera”, en *Democracia*, 12-6-53.

clase trabajadora, base electoral, política y afectiva del movimiento peronista? ¿Hubo un anticomunismo *obrero*?

El anticomunismo obrero y el peronismo

Uno de los mayores condicionantes de la relativa significación del discurso de Perón como acicate del anticomunismo obrero consiste en considerar el marco histórico donde se desplegó su lenta, contradictoria y desigual consolidación en el Estado. Y más exactamente, en el modo en que la hegemonía peronista configuró una conexión entre Estado y sociedad civil, ese entramado que he denominado una “sociedad política peronista”.²¹ El anticomunismo obrero se constituyó en el contexto de la configuración de la hegemonía peronista con asiento estatal institucionalizado pero, esto es fundamental, dentro de una reestructuración más general de la relación entre Estado, sociedad civil e ideología. Tal reestructuración no operó simplemente en el plano de los intereses inmediatos del movimiento obrero sino que comprometió al modo de vincular el asociacionismo proletario con las políticas públicas peronistas y con las figuras del reconocimiento inscriptas en el nuevo escenario nacional desde 1946.²² Pero este proceso no se produjo como un vuelco abrupto. Tuvo numerosas instancias y se distribuyó desigualmente (en el espacio y en el tiempo).

Poco después del inicio del gobierno peronista en junio de 1946 las noticias de la prensa comenzaban a mostrar que se habían lanzado innumerables pugnas en los sindicatos para dirimir si la hegemonía peronista en ellos era incontestable. Porque, en efecto, nada sería más equivocado que postular una victoria peronista inexorable luego del 17 de octubre de 1945 (o del 24 de febrero de 1946), momento en que las izquierdas tradicionales se habrían replegado en vista de la mayoritaria decisión obrera en favor de Perón. Las arduas y prolongadas tareas políticas de las izquierdas en el mundo obrero no podían ser erradicadas en un lapso tan breve, sobre todo porque –ya lo he recordado– la presencia de la izquierda en el mundo del trabajo y en el sindicalismo no era una formación parasitaria y superficial. Por el contrario, había arraigado profundamente en algunos gremios y era inviable avizorar que se desvaneciera de un día para otro. Las izquierdas participaban de la cultura de clase. Y no cedieron su lugar sin resistencia. Lo sabían bien los recientes núcleos peronistas a los que no se les escapaba que la transformación de la vida sindical acarrearía una dura lucha, incluso contando con el favor de todo el aparato estatal.

²¹ O. Acha, “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”, en *Desarrollo Económico*, n° 174, 2004.

²² Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, cap. 1.

Fueron innumerables las declaraciones públicas de los gremialistas peronistas denunciando la “infiltración” gremial comunista y su “conspiración” para provocar paros laborales. La prevención anticomunista excedía el plano corporativo y se deslizaba sin mayores dificultades al político, un pasaje nada extraño dada la configuración de la sociedad política peronista. El sindicalismo peronista también aprobaba que se impidiera la acción política del comunismo, por ejemplo, negándosele al PC la personería jurídica en un distrito provincial.²³

Tras pocos años de desarrollo del peronismo el anticomunismo se afirmó como rasgo institucionalizado entre la más encumbrada dirigencia de la CGT. Una resolución adoptada en un congreso extraordinario cegetista llamó a la “eliminación de los comunistas”.²⁴ Estos fueron sus argumentos para la convocatoria: la “forma solapada” con que pretendían “desprestigiar y subalternizar el movimiento obrero argentino y obstaculizar la marcha triunfal de la Revolución de Perón”; se trataba de comunistas obedientes a “ideologías extrañas, sometidos a “instrucciones que se les imparten desde naciones extranjeras”, partidarios de una ideología que “repugna [a] la conciencia libre del pueblo argentino, y es contraria a sus más puras tradiciones y a los altos ideales de la Revolución Peronista, que se nutre en las prístinas fuentes de la libertad, de la tolerancia, del respeto mutuo y de la democracia”. La incompatibilidad con los valores nacionales llevó a la CGT a “afirmar los principios de la libertad, consagrados en la Constitución Nacional, combatiendo toda fuerza o movimiento que pretenda vulnerarla y eliminando de su seno todo factor que perturbe su normal desenvolvimiento”. Por tales razones la CGT comunicó su determinación: “Encomendar a las organizaciones afiliadas y a los trabajadores en general, la eliminación de los elementos comunistas, francos o encubiertos y todos aquellos que se solidaricen con su acción, eliminándolos de los puestos de dirección o impidiendo que puedan ejercer su pernicioso influencia en los medios obreros”. Esta resolución luego se integró como artículo cuarto en el Estatuto de la CGT. Un segmento comunicado cegetista merece ser destacado: el que reconocía la influencia que el activismo comunista podía ejercer sobre sectores no comunistas, una advertencia de que el *a priori* de una clase obrera siempre-ya peronista era insuficiente para anular las seducciones de fuerzas consideradas alógenas.

Para la CGT el peronismo había realizado una *revolución* tutelada por Perón, una revolución nacional y pacífica. Por lo tanto la prédica de otra revolución solo podía ir contra el orden peronista. La historia integral del activismo sindical comunista después de 1947 –momento en que el PC resolvió disolver los sindicatos no peronistas en sus manos para que los cuadros partidarios

²³ “En la provincia de Buenos Aires deniegan la personería jurídica al comunismo. Un buena y documentada resolución”, en *El Laborista*, 6-2-48.

²⁴ CGT, *Memoria y balance anual, XXº ejercicio, 1950*, Buenos Aires, CGT, 1951. Todas las citas de este párrafo provienen de este documento.

militaran en los gremios afines de la CGT está todavía por ser investigada y escrita.²⁵ No obstante, existen diversos estudios que desmienten la idea de que tras la decisión partidaria de ingreso a los sindicatos “peronistas” –a pesar de la indiscutible disminución de su presencia sindical– el comunismo obrero se hubiera disuelto. Esa presencia se torna más difusa (pero por eso mismo más peligrosa) cuando se amplía el foco hacia los activismos de la izquierda, pues en el esquema binario peronismo/antiperonismo en que pronto la dirigencia cegetista moldeó su vocabulario político aquellos pasaban fácilmente al terreno del otro “comunista”.

Las representaciones anticomunistas de los sindicalistas peronistas apelaban a conocidos tropos e imágenes de la confabulación de sectores minoritarios (cabe destacar que el anticomunismo peronista perdió las connotaciones antisemitas frecuente hasta 1943). Así, el órgano de la CGT denunció a los comunistas que “con frialdad inhumana” buscan alcanzar este objetivo político: “perturbar el normal desenvolvimiento de las actividades económicas del país y, esta es la meta de mayor significación, introducir el desconcierto entre los trabajadores con vistas a alcanzar su posterior división”.²⁶

Las declaraciones anticomunistas de las dirigencias sindicales, y sobre todo de la CGT, fueron mucho más que un “miedo rojo” o una táctica justificadora de su relevancia en la sociedad política peronista. Por cierto que en algún grado la retórica anticomunista y la exageración de su amenaza eran funcionales al posicionamiento de las élites sindicales dentro del orden peronista. Es cierto que el anticomunismo era un *discurso*, una representación que antes de ser una copia lingüística de la realidad intervenía en ella produciendo sus propios efectos. Pero la historiografía clásica sobre la relación peronismo-sindicatos ha mostrado que el decenio 1945-1955 estuvo plagado de acciones de protesta.²⁷ Trabajos recientes han puesto de evidencia el protagonismo de sectores de izquierda – incluido el comunismo– en la gestación de las medidas de lucha gremial.²⁸ (En cambio, las

²⁵ Marcos Schiavi, “Los sindicatos comunistas entre el 17 de octubre y su disolución. El caso textil y metalúrgico”, 2011, en http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/pcmovo_schiavi.pdf.

²⁶ “Pistoleros a sueldo de la reacción”, en *CGT*, 12-06-54.

²⁷ Louise Doyon, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; Walter Little, “La organización obrera y el estado peronista, 1943-1955”, en *Desarrollo Económico*, vol. 19, n° 75, 1979; Daniel James, “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actitud gremial en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, vol. 21, n° 83, octubre-diciembre 1981; Scott Mainwaring, “El movimiento obrero y el peronismo, 1952-1955”, en *Desarrollo Económico*, vol. 21, n° 84, 1982; Moira Mackinnon, “El protagonismo del movimiento obrero tucumano en la formación del Partido Peronista (1945-1950)”, en Grez Toso, Sergio *et. al.* *Formas tempranas de organización obrera*, Buenos Aires, La Crujía/ITDT, 2003; Gustavo Rubinstein, *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2006.

²⁸ Fabián Fernández, *La huelga metalúrgica de 1954*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2005; Gustavo N. Contreras, “El peronismo obrero. La estrategia laborista de la clase obrera durante el gobierno peronista. Un análisis de la huelga de los trabajadores frigoríficos de 1950”, en *PIMSA. Documentos y Comunicaciones 2006, 2007*; Agustín Nieto, “Conflictividad obrera en el puerto de Mar del Plata: del anarquismo al peronismo. El Sindicato Obrero de la Industria del Pescado, 1942-1948”, en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, año 1, n° 1, 2008; Marcos Schiavi, *La resistencia antes de la resistencia. Las huelgas metalúrgicas y las luchas obreras de 1954*, Buenos Aires, El Colectivo, 2008; Roberto Izquierdo, *Tiempo de trabajadores. Los obreros del tabaco*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2008; O. Acha, *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi (1945-1962). Contribución a la historia de las clases sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2008.

denuncias de conspiraciones comunistas destinadas a generar anarquía y caos, así como someter al país al yugo moscovita pueden ser consideradas como instrumentos de operación ideológica sin sustento empírico). Y es posible probar que el recrudescimiento del discurso anticomunista se tornaba más evidente y agresivo en las coyunturas críticas de la conflictividad sindical.

La utilización del epíteto “comunista” tenía un referente impreciso y dúctil. Podía referir a los activistas del Partido Comunista (este fue en general el caso), al movimiento internacional cuya referencia primera era la Unión Soviética, a quienes pertenecieran a alguna organización o ideología de izquierda revolucionaria, y podía aludir también a quienes, sin ser comunistas se aliaron con ellos en la lucha de clases. No raramente en las confrontaciones internas trabajadores y trabajadoras peronistas fueron acusados de “comunistas”.

En respuesta a la muerte de un dirigente sindical y político peronista de rango intermedio en un conflicto metalúrgico, en 1954 el órgano de la CGT llamó a “eliminar” (el verbo parece haber sedimentado en el lenguaje cegetista) a los comunistas. Luego de afirmar que los trabajadores hallaron en el general Perón el redentor de la “sed de justicia” que se les había negado durante décadas, reprochó a los comunistas su exterioridad a la comunidad nacional y peronista, su autoproclamación artificiosa como “adalides” de la clase trabajadora, su sumisión a un poder imperialista extranjero del cual eran “títeres”, y la alianza con la “oligarquía”. Feliz gracias a la “Justicia Social”, proseguía el razonamiento cegetista, pareció que el pueblo olvidó las máculas de los comunistas en el pasado. Sin embargo, siempre estuvieron a la espera del resquicio por el cual renacer: “vivieron en las sombras, al acecho, esperando su oportunidad”. De pronto esa eventualidad se hizo realidad: “Y ante un conflicto gremial que se desarrollaba en un clima democrático de libertad y de respeto, creyeron que había llegado esa oportunidad”. Entonces incitaron “un torrente de pasiones y odios”. He aquí la imagen de un organismo parasitario que interrumpe la pacífica y democrática vida obrera:

“Todo conocemos, porque los hemos visto actuar durante muchos años de militancia sindical, de qué manera un puñado insignificante de agitadores convierte una asamblea normal y pacífica en un ambiente agitado y tenso, donde campea la tragedia sobre la cabeza de honestos padres de familia, de conscientes obreros. Unos gritos, una vil acusación, vuelan los denuetos y cuando se produce la lógica reacción de los trabajadores dignos y leales a su organización, brota la muerte de las armas introducidas cobardemente a escondidas en una asamblea de gente inerme y de paz”.²⁹

Para la redacción cegetista la violencia inducida desde el exterior por los comunistas era incompatible con el liderazgo de Perón, gestor de una revolución apacible:

“La violencia en plena época de justicialismo peronista, es una aberración que choca contra la lógica simple. ¿Cómo vamos a apelar a la violencia los trabajadores, cuando en el general Perón, hemos hallado no solamente al Conductor

²⁹ “Pistoleros a sueldo de la reacción”, en *CGT*, 12-06-54.

comprensivo y leal que accedía a nuestras solicitudes, sino incluso al revolucionario que nos ha abierto caminos apenas vislumbrados en la lejanía del horizonte social”.³⁰

Ese discurso estaba solo parcialmente avalado por la reciente historia social de la clase obrera. En efecto, la reconstrucción de los conflictos permite observar una ambivalencia de los trabajadores hacia la izquierda y hacia el comunismo. Como he notado, no era raro que se considerara a los trabajadores comunistas como compañeros de trabajo y aún como representantes de reivindicaciones corporativas. El anticomunismo obrero, entonces, se concentró especialmente en las cúpulas sindicales como responsables del vínculo entre las organizaciones gremiales y el Estado, y también por intereses particulares de los rangos burocráticos mayores que defendían así sus logros institucionales, políticos y económicos.

La ambivalencia de la clase obrera hacia el comunismo no debería ser confundido con una tolerancia al mismo en el contexto peronista. Los conflictos gremiales concernían solo a una fracción de la experiencia histórica. En la vida cotidiana la presencia mayor era la del gobierno de Perón y una sociedad argentina que la clase obrera consideró como progresiva y favorable a sus consumos. El tiempo de la experiencia histórica fue constituido como un ámbito propicio a los trabajadores. Esa representación de lo real fue más efectiva en la contención de toda política comunista que las denuncias multiplicadas por el gobierno, por Perón y por la dirigencia sindical más encumbrada.

En otras palabras, la neutralización del comunismo en las bases de la clase trabajadora no se generó gracias al influjo del anticomunismo explícito de las élites peronistas, incluidas las cegetistas. Provino, por una parte, de la irrelevancia del comunismo –o cualquier otra ideología extraña al gobierno de Perón– como identidad obrera una vez afirmada la peronista, y por otra parte, de la legitimación de un capitalismo bueno por el justicialismo

Alcances del anticomunismo obrero

El anticomunismo nunca tuvo un lugar importante entre los variados componentes de las ideologías obreras antes de 1946. El comunismo había sufrido diversas impugnaciones sobre su carácter internacional, la relación de subordinación a un comando mundial o la adecuación a los requerimientos estratégicos del Kremlin. Sobre todo había sido objeto de críticas anticomunistas de sus competidores dentro del mundo político y sindical. Desde el catolicismo, el anarquismo, el sindicalismo revolucionario y el socialismo reformista se habían lanzado reiterados dardos contra el

³⁰ Ibidem.

comunismo. Sin embargo, eran denuetos de dirigencias alternativas en la disputa por las direcciones asociativas en sindicatos.

Con la intervención estatal en el mundo sindical sobre todo después de junio de 1946 –una intervención que no necesariamente debe ser vista como una intromisión en el seno de un sindicalismo atendido a creencias liberales antiestatales– se produjo una mutación en la disputa por la hegemonía en el movimiento obrero.³¹ Se reconfiguró el espacio de una lucha por la preeminencia – que pronto se revelaría como desigual- que tuvo prolongadas consecuencias en la historia nacional. El naciente peronismo en el movimiento obrero dirimió la tendencia emergente en varios planos, entre los que debe distinguirse, al menos de manera preliminar, entre los sindicatos nacionales y la CGT. En la segunda, la estatura confederacional imprimió a la disputa por la hegemonía una dominancia inequívoca: estaba para todos claro que el Estado jamás permitiría una primacía sindical no peronista. El problema residía en quiénes dirigirían los sindicatos nacionales (en cambio, en el nivel de lugar de trabajo podía prevalecer la disidencia, aunque con numerosas tensiones en tiempos de conflicto). Esto no significa que la historia de la CGT estuviera definida de antemano una vez que Perón ganó las elecciones presidenciales en 1946. En verdad el carácter contingente de la realidad política no garantizaba las preeminencias que hoy, retrospectivamente, parecen inexorables. Los primeros años del gobierno peronista fueron vacilantes y se consolidaron rodeados de incertidumbres. En el mundo sindical esa contingencia no fue insignificante: las dudas que rodearon al desplazamiento del laborismo de la dirección de la CGT revela la potencia de la virtualidad que acosaba al peronismo en difícil formación.³²

La historia de los conflictos sindicales durante el primer peronismo revela, sin demasiadas dudas, la continua presencia de activistas de izquierda en los organismos corporativos de la clase trabajadora. El minoritario pero activísimo comunismo obrero no dejó de terciar en esos conflictos. Las huelgas ferroviarias, metalúrgicas y bancarias, por mencionar solo tres acontecimientos de importancia, serían incomprensibles sin prestar atención a la permanencia de activismos comunistas en el meridiano de la “década peronista” (algo similar podría decirse respecto a los paros de marítimos y la militancia anarquista). Las mismas no estuvieron agotadas en 1955, aunque sí fueron severamente disminuidas debido a la capacidad de la economía argentina para superar sus contradicciones sistémicas (el *stop and go* de una economía nacional en el concierto del capitalismo), las destrezas del gobierno de Perón para conservar sus promesas de redistribución del

³¹ Joel Horowitz, *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón (1930-1946)*, Caseros, Eduntref, 2004; Hernán Camarero, “Apogeo y eclipse de la militancia comunista en el movimiento obrero argentino de entreguerras. Un examen historiográfico y algunas líneas de interpretación”, en Olga Ulianova, ed., *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Universidad de Chile/Ariadna Ediciones, 2009.

³² Gustavo N. Contreras, “¿Apéndice estatal? La CGT durante el primer gobierno peronista: asociacionismo, funcionamiento institucional y proyecciones políticas, 1946-1955”, en O. Acha y N. Quiroga, *Asociaciones y política en el siglo veinte*, Buenos Aires, Prometeo Libros, en prensa.

ingreso nacional, la eficacia del discurso nacionalista que proclamaba el reconocimiento de la clase trabajadora en el escenario de un país unido y democrático.

La persistencia minoritaria del comunismo entre las filas del movimiento obrero no es incompatible con la difícil, prolongada y desigual adhesión de la clase trabajadora al peronismo, y sobre todo a la figura de Juan D. Perón como garante de una vida pública y estatal. Por supuesto es imposible medir cuantitativamente un peronismo identitario y un peronismo de oportunidad, es decir, que apoyó a Perón para obtener ventajas materiales y simbólicas. Lo cierto es que en la estructuración del movimiento obrero argentino el peronismo se consolidó, no obstante –es necesario insistir en estas cláusulas adversativas–, sin licuar del todo las opciones de izquierda, incluidas las comunistas, en las tensiones que habitaron al mundo sindical después de 1955.

Es seguramente infructuoso extraer consecuencias demasiado detalladas de una historia interna del movimiento obrero para el difuso anticomunismo de las bases obreras. O al menos esa historia debe ser vinculada estrechamente con las transformaciones culturales, como la consolidación del nacionalismo, socio-económicas, como la difusión de un nuevo consumo obrero, políticas, como la adhesión a la intervención estatal, que modificaron las condiciones de la experiencia de clase tanto como el surgimiento de Perón. Para decirlo en dos palabras, el contexto del primer peronismo era bien diferente al de entreguerras, algo que los activismos no peronistas tardaron en comprender.³³

La historiografía del sindicalismo obrero posterior a 1955 ha mostrado la importancia que adquirieron los núcleos activistas comunistas –y otros sectores de izquierda– en algunos sindicatos, incluso si no se vieron favorecidos por la “desperonización” inducida por la Revolución Libertadora.³⁴ El sindicalismo de influencia comunista logró ser un interlocutor de las 62 Organizaciones peronistas en su resistencia al gobierno militar y a las medidas pro-patronales que continuaron incluso durante la presidencia de Arturo Frondizi desde febrero de 1958. No interesa aquí la historia detallada de cómo se produjo el desencuentro entre el sindicalismo peronista y el comunista. Lo cierto es que hacia 1960 la ya tradicional veta anticomunista del gremialismo peronista estaba de nuevo en vigor.

Un rasgo cultural consolidado en las adhesiones obreras al peronismo fue el anticomunismo por descarte, es decir, la reacción escéptica o incluso negativa ante cualquier opción asociativa orientada hacia la impugnación del capitalismo, incluso si esa impugnación se realizaba en una fórmula pragmática que aceptara el estado de cosas existente. De hecho hacía varias décadas que el programa del PC era reformista. El rasgo ideológico es importante pues el comunismo hacía ya décadas había renunciado a propugnar una transformación revolucionaria inmediata. Para la

³³ Hiroshi Matsushita, *Movimiento obrero argentino (1930-1945): sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XX, 1983, lo señala respecto del sentimiento nacional entre la clase trabajadora.

³⁴ Alejandro Schneider, *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005.

estrategia del Partido Comunista se debía propender a una “revolución democrático-burguesa” que preparara en el largo plazo las condiciones de una revolución socialista. Mientras tanto se debía apoyar a los gobiernos capitalistas progresistas. Imposibilitado el peronismo de llegar al poder del Estado, salvo un breve lapso donde apostó por el proyecto de Frondizi, el PC se mantuvo en la oposición a los gobiernos civiles y militares.

En la formación político-cultural de la clase trabajadora el peronismo se reconstruyó y refiguró la sedimentación de representaciones heredadas desde el primer decenio de la Argentina de postguerra. El modo en que se dirimió esa herencia se definió en la contingencia de la historia política y cultural posterior a 1955, pero también en una serie de representaciones perdurables de la buena integración de los trabajadores en la sociedad capitalista bajo la tutela de Perón. Por otra parte, el antiperonismo capitalista y militar demostró una incapacidad para desarrollar una política de captación del sindicalismo obrero no peronista. Incluso los sectores “libres” –como se puede observar en el gremio bancario– se enfrentaron con las políticas gubernamentales.

Tras el derrocamiento de Perón, el peronismo obrero se fue reconstituyendo en un contexto hostil, el que dio lugar a una configuración sindical distinta a la prevaleciente durante el primer peronismo. Sin el soporte estatal e incluso en tensión con los gobiernos, las cúpulas de los sindicatos peronistas y las élites cegetistas perdieron gran parte de su anterior monopolio. Mientras tanto las opciones de izquierda no peronista se fueron apagando durante el quindenio que siguió a 1955, y solo recién hacia 1970 nuevas líneas de sindicalismo “combativo” fueron prosperando en el ámbito nacional, al menos hasta que el regreso de Perón en 1972-1973 recompuso la hegemonía peronista y segó el crecimiento de las oposiciones “clasistas”. Esas líneas alternativas encontrarían una nueva vida una vez que el peronismo ingresara en una crisis profunda tras la muerte del general Perón en julio de 1974. Sin embargo, la perseverancia de la “promesa peronista” de que solo el peronismo garantizaba un país menos desigual, mayor movilidad social, concordia de clases e identidad nacionalista preservó al clasismo como un sector minoritario.

Uno de los rasgos ideológicos de mediana duración en la historia del sindicalismo peronista fue la consolidación del anticomunismo, y más ampliamente de un macartismo con el que se identificaron las cúpulas peronistas en el movimiento obrero. Los reordenamientos de la Guerra Fría favorecieron el alineamiento de las fracciones más conservadoras del sindicalismo peronista con Estados Unidos. Desde 1960 no fue inusual observar la concurrencia de sindicalistas peronistas en escuelas de doctrina contrainsurgente financiadas por el Departamento de Estado norteamericano. Ese alineamiento con el anticomunismo norteamericano hizo sistema con la repulsa peronista en los

sindicatos a cualquier desafío de las izquierdas revolucionarias, repulsa en la que se encarnó la persistencia del anticomunismo sindical.³⁵

En el plano de las mentalidades obreras posteriores a 1955 el legado del anticomunismo se transmitió por vías más complejas. La Guerra Fría mantuvo la tensión entre un mundo occidental al que la Argentina, con todos sus gobiernos (peronistas o no) decía pertenecer, y una Unión Soviética representada como un totalitarismo extranjero. La Revolución Cubana conmovió esta idea esquemática al inscribir a América Latina en el camino de la revolución socialista posible. Pero en esta nueva coyuntura la identificación peronista en la clase trabajadora funcionó como un límite a cualquier intento de expandir una idea revolucionaria que no fuera peronista. Exiliado el líder del movimiento popular, el propio peronismo fue el obstáculo que se impuso ante cualquier intento de promover una idea comunista entre los trabajadores. Las reivindicaciones corporativas y la imagen de una sociedad feliz estaban identificadas con el peronismo, y no con una sociedad diferente.

El periodo 1945-1955 se constituyó en el deseo social y político mayoritario en la clase trabajadora. Ese fue el límite interno con el que colisionó la izquierda peronista que elaboró una alternativa a la izquierda desde el propio peronismo. Según su argumento, si había un camino hacia el socialismo posible en la Argentina, ese camino era el del peronismo. La biografía final de John William Cooke revela las restricciones internas que asolaban a esa posición. Es que el peronismo no era para la clase obrera mayoritaria una pausa antes de alcanzar otros puertos, muy diferentes, incluso si se lo denominara un “socialismo nacional”. El peronismo reconstruyó la identidad de la clase, su meta y su medio. No fue una identidad uniforme y sin matices, pero fue extraordinariamente perseverante. Las izquierdas que detectaron las fracturas reveladoras del fin del peronismo obrero vieron sus pronósticos reiteradamente desmentidos. El anticomunismo de la clase obrera se constituyó en una forma *a priori* de la experiencia histórica de esa clase, y solo un trabajo prolongado de “reforma intelectual y moral” sumado a la crisis ideológica del peronismo, posibilitarían inaugurar un camino distinto.

Como destacué en este trabajo, la consolidación del asociacionismo obrero hizo sistema con la repulsa de las organizaciones sindicales, tanto en el nivel de las cúpulas nacional como, y especialmente, en el de las federaciones y confederaciones, ante toda alternativa ideológica al peronismo. La inserción del sindicalismo en el ordenamiento estatal regulado por la Secretaría de Trabajo y Previsión constituyó un condicionamiento terminante para cualquier desvío del oficialismo sindical, esto es, el de ajustar las dirigencias cupulares al reconocimiento por parte del Estado. A su vez, y ya por la propia consolidación de la dirigencia peronista, la CGT y las

³⁵ Juan A. Bozza, “Cooperación y cooptación. Agencias norteamericanas sobre el sindicalismo peronista en los sesenta”, en *II Congreso de Estudios sobre el Peronismo*, 2010: <http://redesperonismo.com.ar/archivos/CD2/Bozza.pdf>.

dirigencias sindicales asumieron como tarea la unificación de sus organizaciones en la fidelidad política hacia Perón y el peronismo como cultura “propia” de los trabajadores. El anticomunismo fue un rasgo compartido, entonces, por la compleja integración al Estado del sindicalismo como rama de la sociedad política peronista.

No puede decirse que en los niveles inferiores del activismo obrero y en las bases trabajadoras el anticomunismo constituyera una matriz ideológica definitoria de su accionar, de sus convicciones y actitudes. Por cierto que las investigaciones sobre el “sentido común” hacia el comunismo no han sido todavía encaradas, al menos en lo que respecta a la clase trabajadora.

Con todo, disponemos de un índice de las diferentes actitudes de los obreros y las obreras en esa ventana parcial, pero significativa, que nos brindan los mejor conocidos conflictos sindicales. Sobre todo las huelgas producidas durante el decenio peronista revelan la presencia de una multiplicidad de identidades políticas en el activismo y en las bases comprometidas en los conflictos. En algunos sectores como ferroviarios, bancarios, metalúrgicos, al menos en el plano de *rank and file* todo lleva a pensar que el activismo comunista –así como otras orientaciones no peronistas– podía ser reconocido en los liderazgos locales y en la dirección de las protestas. Las prevenciones de la dirigencia sindical hegemónica fueron públicas y no podrían ser explicadas solo como declaraciones destinadas a situarse mejor en la sociedad política peronista: respondieron a la continuidad de la presencia de las izquierdas en el seno de la clase obrera y la eficacia de sus habilidades organizativas para generar reivindicaciones con apoyo en los lugares de labor. Sin embargo, de esa presencia activista no se deduce una puja significativa por la orientación política de la clase: el liderazgo de Perón nunca fue seriamente cuestionado.

Conclusión

Una de las contraccaras del surgimiento y coagulación de la identificación peronista en la clase obrera argentina fue su exterioridad ideológica respecto de toda propuesta de país que prescindiera de la adhesión explícita a Perón. El peronismo se consolidó gracias a sus dimensiones afirmativas en lo social y en lo político. Pero esas dimensiones traccionaban otras dimensiones negativas, instituían fronteras e incluso antagonismos. Así como la consistencia de la identidad peronista requirió el denuedo de la oligarquía, el primer decenio populista necesitó el combate contra el comunismo. El comunismo fue solo en parte el ligado al PC, mas ese vínculo era crucial para exponer la naturaleza “foránea” del mismo y su ánimo conspirativo. En todo caso, el anticomunismo no se diseminó uniformemente en la clase obrera.

El anticomunismo se constituyó en un trazo ideológico de larga duración en la dirigencia sindical peronista, es decir, pasó a formar parte de su cultura política. En la clase trabajadora de base y en los niveles inferiores del activismo sindical, el panorama fue mucho más diverso y complejo. Por un lado la izquierda podía alcanzar influencia en los espacios locales, y en algún caso durante huelgas importantes –como la ferroviaria de 1947– logró articular coordinaciones independientes a las direcciones sindicales. En este plano el anticomunismo no fue una característica activa y militante, tal como ocurría con las dirigencias sindicales. Por otro lado es preciso destacar que la identidad peronista netamente mayoritaria en la clase obrera instituyó un límite crucial para la acción de la izquierda no peronista en su seno. Esta podía actuar como enunciador y movilizador de reivindicaciones parciales (corporativas, económicas), pero jamás logró conmover la adhesión política hacia Perón y el Estado peronista. Los reclamos activados en los conflictos económico-sociales estaban comprendidos dentro de las demandas que el propio peronismo había prometido subsanar. En tal sentido la tolerancia hacia la militancia no peronista era perfectamente compatible con la identificación con Perón y, más aún, podía reafirmar el alcance de la “promesa” peronista de resolver todos los requerimientos obreros en el marco de la “justicia social”.

Si el anticomunismo fructificó como una característica ideológica del sindicalismo peronista, convivió con una difusa *tolerancia corporativa* de las bases peronistas hacia activismos que propendieran a impulsar reivindicaciones consideradas legítimas. Más allá de las circunstancias particulares de esas instancias, la identidad peronista obstaculizaba cualquier adhesión *política* a la izquierda. El anticomunismo obrero fue entonces poroso y oportunista en los espacios locales. De esa condición la izquierda peronista posterior a 1955 (y sobre todo a 1959) esperó una auto-superación por izquierda del propio peronismo. Esa fue la hipótesis de John William Cooke desde el peronismo, de Rodolfo Puiggrós desde el comunismo, y de Jorge Abelardo Ramos desde el trotskismo.

La esperanza fue combatida por las enfáticamente anti-izquierdistas dirigencias sindicales, y al menos en términos políticos, colisionó contra la indiferencia de la clase obrera peronista que no aspiraba a una transformación revolucionaria de la sociedad sino el regreso a la “felicidad” de un capitalismo bueno y apacible timoneado por un general orgulloso de su pertenencia al Ejército. Para la clase trabajadora el peronismo no fue el tránsito hacia otra realidad, hacia otra cultura, sino una identidad política pro capitalista. A su modo, el peronismo había hecho su revolución, nacional, sin guerra civil y completada desde el Estado, y no había otra transformación que acometer. Por el contrario, después de 1955 devino en una fantasía a la cual retornar. Un proyecto revolucionario anticapitalista constituía un peligro innecesario y “foráneo”.

Respecto a la distinción entre un anticomunismo militante a nivel dirigenal de los sindicatos y un anticomunismo por descarte y más bien indiferente entre las bases, seguramente sería erróneo plantear una brecha entre la dirigencia sindical, la “burocracia sindical”, y la clase obrera (“las bases” en el lenguaje político de la izquierda peronista). El peronismo que las vinculaba como sustrato de su formación histórica de clase fue un *continuum* entre un anticomunismo visceral y sistemático, en las burocracias, y una utilitaria desconfianza hacia las ideologías no peronistas, en las bases. Esto significa que el anticomunismo carecía del carácter agresivo constitutivo del interés particular de las dirigencias sindicales peronistas.

Otras razones deben ser añadidas a la desconfianza hacia la izquierda y el comunismo: la Guerra Fría recorrió todo Occidente en su campaña anticomunista. Varias fracciones del sindicalismo peronista se sumaron a esa guerra y asistieron a cursos de formación contrainsurgente auspiciados por el Departamento de Estado norteamericano. Toda la clase trabajadora se nutrió de los discursos e imágenes que durante largas décadas, desde el púlpito a la televisión, desde el cine a la prensa periódica, insistieron en el peligro comunista.

En la ilusión de que el anticomunismo obrero solo se restringía a las cúpulas del movimiento sindical naufragaron los esfuerzos de la izquierda peronista por descubrir en las entretelas del peronismo –y especialmente en “las bases”– una rendija por donde asomaba la posibilidad de un porvenir socialista que el coronel y luego general Perón se había propuesto combatir.

En vistas de la reedición del libro de Badanelli, *Comunismo o justicialismo*, Perón le escribió una carta de 1970. Perón sostuvo en la misiva que:

“En la Argentina, nosotros trabajamos con éxito sin precedente para una solución anticomunista. La malhadada ‘revolución libertadora’ nos arrolló violentamente de nuestro quehacer patriótico y preparó admirablemente el advenimiento del caos actual que con sus entregas y sometimientos está preparando el triunfo del comunismo”.³⁶

En 1975 la Unión Obrera Metalúrgica financió una nueva impresión del libro de Badanelli, en la lucha interna al peronismo con el objetivo de deslegitimar los proyectos que, según la UOM contrarios a la doctrina peronista, pretendían conducir el país al comunismo. La dirigencia sindical se opondría a esa idea con libros y todo lo que hiciera falta. Mientras tanto, las mayorías obreras dispuestas a movilizarse periódicamente por reivindicaciones particular, o a veces por consignas nacional-populares ligadas al peronismo, observaba las pugnas ideológicas de otros sectores sociales como externas a la continuada promesa peronista.

³⁶ Carta del 17-9-70, reimpresso en P. Badanelli, *Justicialismo o comunismo*, Buenos Aires, UOM, 1975.